



YO, CLARA
TÚ, MALICA
CRISTINA LEYVA



YO, CLARA. TÚ, MALICA

YO, CLARA
TÚ, MALICA
CRISTINA LEYVA



Primera edición: septiembre de 2024

© 2024, Cristina Leyva Alarcó

Canciones:

© McEnroe: *La cara noroeste*

© Danay Suárez: *Yo aprendí*

© Rufus T. Firefly: *Ruidos y sueños*

© ilustración de cubierta, Marina Rodas

© de la presente edición, Hilatura estudio editorial

www.hilaturaeditorial.com

hola@hilaturaeditorial.com

ISBN: 978-84-128091-5-2

Depósito legal: AL 2071-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización previa de los titulares de los derechos.

A mis pequeñas asilvestradas

«Eran los príncipes del bosque,
de las estepas».

JUAN LUIS ARSUAGA

1



EL CUERPO DE Malica yacía exhausto sobre la hierba del bosque ancestral. Con gran esfuerzo, la joven alzó la cabeza. Los ciervos escapaban de la muerte en la línea en llamas del horizonte y un gran uro agonizaba junto a ella. Sus bramidos le encogían el corazón. La chica temió que, de un momento a otro, su interior empezara a arrugarse con el humo espeso que le impedía respirar. No podría detener a la madre naturaleza. Rebuscó en el cinto el hongo que le había dado Barik justo antes de perderlo de vista entre las llamaradas. Lo palpó y, antes de metérselo en la boca, volvió a admirar su aspecto: era blanco y rugoso. Después de tragarlo sintió cómo bajaba con dificultad hasta sus tripas.

Escuchó unos susurros. Era la voz de uno de sus hermanos, Mantum o Barik, o tal vez los dos a un tiempo. La retahíla de su canto la fue adormeciendo.

—Groj le pelle, groj le somi, groj le mor...

Pasó un largo rato hasta que abrió los ojos hacia el cielo gris. Los pulmones se le hincharon como si acabara de inspirar el aire más puro de la Tierra. Se levantó sin esfuerzo, dispuesta a acabar con el hermano fuego, pero antes debía detener el sufrimiento del animal que yacía a su lado. Sacó del cinto un pequeño cuchillo y lo degolló con un movimiento certero. Lloró después de hacerlo mientras observaba sus manos ensangrentadas. Siempre lloraba después de cazar a los grandes bichos.

Antes de continuar la marcha, una idea la paralizó durante unos segundos: los efectos negativos del hongo no tardarían en aparecer.

2



KEBE Y YO habíamos quedado a las diez para subir en bici al mirador. Después del ascenso, nos sentamos en un banco a ver el paisaje y escuchar música. La melodía de mi grupo preferido le daba a todo un aspecto diferente, luminoso. Tras la tormenta nocturna, algunas nubes se habían quedado prendidas en los tejados del pequeño pueblo y las praderas amarillas relucían bajo el sol de agosto.

—Los Strokes son de principios de los dos mil, Kebe. Este tema se llama *Someday*, es de su primer disco, a mí me gusta más que *Last Nite*, pero, claro, entiendo por qué sigue siendo la canción más famosa de su discografía.

—Qué pesada eres, Clara. Deja ya Spotify. Sabes que me van más Los 40.

Cada vez que hablaba con Kebe de música ocurría lo mismo, no me hacía ni caso. Aunque otro me habría mandado al fango de los no amigos por

pesada, o a la cloaca de los locos por el *indie rock*. Pero no se puede ir por la vida escuchando solo la radio. No, Kebe.

—Esos grupos no duran ni dos semanas. Un día vas a morir de arrugamiento cerebral.

Puse cara de ofendida y guardé el móvil.

—¡Ja, ja, ja! Anda, vamos.

Eran las doce. En una hora habíamos quedado con Nere y Mario en el Pepi, uno de los bares de San Gabriel. Siempre con las mesas llenas de cáscaras de pipas y vasos sucios que no recogían hasta el cierre.

Cogimos las bicis y descendimos hasta el pueblo. Bajaba adormilada porque la tormenta me había despertado de madrugada y no había logrado conciliar el sueño.

Hacía un par de años que mis padres se habían divorciado y aún me costaba asimilarlo. Creían que su niña lista e independiente lo llevaría bien, pero se equivocaban, como siempre. No sé qué era peor, si aguantar las broncas de mi madre o a las novias de mi padre. Aunque pasar las vacaciones de verano con el abuelo siempre era buena idea: olvidarme de la ciudad, un par de meses sin traslados de casa de mamá a casa de papá y, lo mejor, sesenta días sin aguantar a los pijos del instituto mofándose de mis camisetas.

—¡Eyyy, chavales! —El grito de Nere me devolvió a la realidad.

Tenía la costumbre de lanzarse encima de nosotros y darnos unos buenos achuchones con su cuerpo fibroso, aunque la hubiéramos visto hacía media hora.

Mario venía detrás, en bici. Trabajaba en el centro de interpretación del Pico de la Luz, nuestra montaña. Lo habíamos conocido hacía unos veranos en un taller de la biblioteca al que Nere no tenía ganas de ir y del que Kebe también pasaba. Pero había muy pocas cosas que hacer en San Gabriel, así que terminaron cediendo a mis súplicas. Mario sabía mucho de la historia más antigua de estas tierras y, aquel día, después del taller, acabamos tomando algo en el bar para que nos contara más. Los tres estuvimos de acuerdo en que era un adulto que molaba. Desde entonces, todos los veranos subíamos varias veces a la montaña con él como guía. Por eso habíamos quedado aquella mañana.

—Hola, chicos. Hoy tengo algo nuevo que enseñaros.

Había llegado con prisa y se atusaba nervioso el flequillo que le caía por encima de los ojos.

—Ya hace calor. No nos llesves muy lejos —le dije poco convencida de volver a tiempo para comer—. El abuelo me espera a las dos.

—Vamos, está aquí al lado.

El camino por el que nos adentramos ascendía paralelo al río, que bajaba casi sin agua. El cauce atravesaba el primer pinar de la falda de la mon-

taña hasta perderse en los canchales de la cima. Al cabo de unos metros, Mario dejó atrás el sendero y se internó en el bosque. Seguimos sus pasos concentrados en no tropezar con las ramas de los pequeños matorrales y los helechos. La luz del sol se colaba entre los pinos y caía en halos sobre nosotros. Unos cientos de metros después, nos topamos con una roca cubierta de zarzas repletas de moras todavía verdes. Mario se colocó una linterna frontal, la encendió y desapareció por el único agujero libre que dejaban las ramas espinosas.

—¡Seguidme! —gritó desde allí dentro. Su voz sonaba lejos, grave, como si hubiera ascendido por una caverna tenebrosa.

—¿Este se ha vuelto loco o qué?

Nere daba saltitos. Como siempre que se ponía nerviosa.

—Venga, Nere, no te quedes aquí sola.

Kebe le dio una pequeña colleja, se agachó y desapareció también.

Yo tampoco tenía muchas ganas de entrar. Confíe en que solo sería una pequeña cueva y no el túnel hacia el centro de la Tierra. Le puse a Nere uno de mis auriculares, me coloqué yo el otro y empezó a sonar *Take me Out*, de Franz Ferdinand. Tiré de su mano, encendí la linterna del móvil y nos adentramos juntas por el hueco. Descendimos cautelosas por un terraplén de rocas que daba entrada a una pequeña estancia.

—Sentaos, chicas —dijo Mario mientras iluminaba el suelo.

Estaba cubierto de arena muy fina. El espacio era reducido. Olía a humedad, a miles de años atrapados allí dentro. Cuarenta y tres mil, para ser exactos.

—En las entrañas de esta cueva, en la boca que da a Valle Perdido, vivieron neandertales. —Mientras hablaba, Mario iba iluminando las paredes con el frontal.

Nere y yo nos quitamos los auriculares.

—¿Y esos quiénes son? —pregunté.

—Humanos, pero de una especie diferente a la nuestra.

—¿Cómo que una especie?

—Pues una especie, como pasa con los animales: el perro labrador y el mastín, el oso polar y el pardo... La nuestra es la especie *homo sapiens*.

—Eso es, Kebe —continuó Mario—. Los sapiens convivimos, hace miles de años, con diferentes tipos de hombres y mujeres. Los neandertales eran uno de esos tipos. Sus cuerpos eran muy robustos, mucho más fuertes que los nuestros. Un atleta olímpico de hoy no podría competir con ellos.

—¿Ni uno de lanzamiento de pesas?

A la vez que preguntaba a Mario, me quedé mirando a Kebe, tan alto y musculado. No me imaginaba una especie de personas más vigorosas que él.

—Ni los atletas mejor entrenados. Vivían en los bosques frondosos y en las estepas áridas. Tenían que encontrar comida y refugio en lugares muy hostiles. Su agilidad y fortaleza les permitió habitar la Tierra durante cientos de miles de años.

—¡Toma ya! —Nere se levantó de un salto—. ¿Y eran como monos?

—No. Si ahora te cruzaras con uno vestido con ropas actuales casi podría pasar desapercibido. Eran más bajos que nosotros y muy anchos. No tenían la frente vertical, sino que se inclinaba hacia atrás. El hueso tras las cejas era muy prominente y tenían la nariz muy grande, un cuerpo tan potente necesitaba gasolina en forma de oxígeno para poder cazar mamuts y soportar el frío. Por la forma de las cuencas se cree que tenían ojos más grandes que los nuestros. Tal vez podían ver de noche.

—Me hubiera encantado conocerlos —dijo Kebe.

Habría aprendido a cazar como ellos con facilidad, de eso estoy segura.

—Desafortunadamente, se extinguieron.

Mario bajó la cabeza, ensimismado.

—¿Como los dinosaurios? —pregunté.

—Eso es: desaparecieron de la faz del planeta, y no sabemos todavía por qué. Aunque, hace muy poco, los investigadores descubrieron algo

revelador. —Mario nos miró a todos, uno por uno, y continuó—: Los neandertales no se fueron del todo. Los humanos modernos, los que miramos el móvil en lugar de perseguir bisontes, tenemos en nuestro ADN un rastro de los neandertales. En nuestro sistema de programación, ahí están ellos.

—¿Cómo?

Me quedé paralizada.

—Hace miles de años, en aquella tierra ancestral, crecieron niños y niñas mezcla de las dos especies. Aunque hay una excepción: muchos africanos no tienen genes neandertales.

—Kebe, tú te libras.

Me miró muy serio. Nunca sabía si su enfado era real o me estaba tomando el pelo.

—¿Y eso por qué? —preguntó, todavía con los ojos puestos en mí.

—Porque los neandertales nunca vivieron en África. Tus antepasados no hibridaron con ellos.

Kebe, Keberu, llegó de Etiopía a este pueblo perdido de pastos y montañas con dos años. Su pelo azabache y la piel morena se confundían con sus ojos negros, que relucían en la estancia. Dejó de mirarme y se quedó pensativo.

—¿Y qué significa que tengamos un poco de ellos?

—Todavía no se sabe muy bien, Clara, pero cuevas como esta pueden ser clave para los investigadores.

Mario sacó una bolsita de cuero y la abrió. Dentro guardaba una piedra arcillosa con un pequeño agujero.

—Esta pieza es una reproducción. Es igual a la cuenta de un collar que se conserva en el yacimiento de Valle Perdido; perteneció a los neandertales que vivieron por aquí. Varios kilómetros hacia el interior, estas rocas calizas guardan muchos secretos. Pero ahora tenemos que irnos.

—Ya te vale, Mario. ¿Así nos dejas? —replicó Nere.

—Otro día seguimos, os lo prometo. Se ha hecho muy tarde.

Lo agradecí. Allí dentro estaba empezando a sentir claustrofobia.

Antes de emprender el regreso a casa, Mario se acercó y me puso en la mano la bolsita con la pieza del collar.

—Quédatelo —susurró—. Otro día iremos a ver el de verdad.

Me invadió un cosquilleo de emoción. Apreté con fuerza la bolsa entre mis manos.